Año I Salto, Enero 24 de 1900 Nº 19

REVISTA DEL SALTO

SEMANARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Aparece los lúnes y cada cuatro números constituyen un mes de suscrición.

OFICINAS: DAYMAN 121

PRECIOS DE SUSCRICION

Por mes.	$	0.40
Número suelto	«	0 10
Seis meses	«	2.00

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Y ENCUADERNACIÓN

LA PRENSA

CALLE DAYMAN Núm. 60.—SALTO ORIENTAL

AÑO I SALTO Enero 24 de 1900 N. 19

REVISTA DEL SALTO

Semanario de Literatura y Ciencias Sociales

EL DESTINO

—

Los fatalistas explican con esta palabra todo lo extraordinario que se produce en la vida del sér humano. Un accidente cualquiera, la elevación de un hombre ó su caída, todo lo que no se explica por la escasez de la inteligencia ó por efecto de una educación defectuosa, es obra del destino. La criatura humana, para ellos, está sujeta á una fatalidad incontrastable, á un signo que le cupo al nacer y del cual no puede evadirse por más esfuerzos que haga.

Nació para tal cosa ó para tal otra, y no hay más, no puede torcer su destino.!

El destino eleva, enriquece, mata, degrada, hace, en fin, de su esclavo lo que le acomoda sin que éste pueda escapar á su capricho.

La inteligencia, el estudio, la actividad y las virtudes, no impulsan, según ellos, en ningun sentido.

Si alguien enriquece, es porque el destino así lo ha querido y de ningún modo porque un trabajo constante y una conducta severísima haya elaborado su posición. Si tal otro se eleva en la sociedad, en la política, en el mundo de la ciencia, en cualesquiera de sus manifestaciones, no es porque sus virtudes le hayan hecho acreedor, ni porque el estudio le haya abierto las puertas de la ciencia, quemándose las pestañas para conseguirlo.

No, el destino se lo ha dado todo hecho!

Según esa graciosa teoría vale tanto cruzarse de brazos y tenderse á la bartola, como gastar todas las actividades de que es capaz el sér humano.

¿Debe llegar á la cumbre?—Pues llegará y para eso no necesita mover un pié ni extender un brazo —¿La incontrastable divinidad ha resuelto que no sea nada?—Pues es inútil que se agite, que se esfuerce, no será nada!

La falange de los convencidos de que existe un destino es inmensa, y contrariarles en su creencia es herirles en la fibra más delicada.

Muchos grandes hombres, dicen ellos, han creido en el destino y han tenido sus supersticiones sin que pueda tachárseles de falta de inteligencia y hasta de talento.— Entre ellos el primero que citan como hecho innegable, es el del más grande capitán del siglo.—Napoleón - á quien no se puede negar ilustración y talento además de muchas otras cualidades poco comunes; pero, se olvidan q' de Napoleón era corso y q' en Córcega, las supersticiones son moneda corriente. Defecto del medio en que el sér humano vive y crece, ó insuficiencia de ilustración, el destino no es otra cosa que una creación mitológica que se ha conservado á través de los tiempos. Creer en esa divinidad ciega, es casi anularse.

El presente y el porvenir de cada persona no es el fruto de la casualidad: es el resultado de sus virtudes ó sus vicios, de su carácter, de sus pasiones; del sentido bueno ó malo á que haya dirijido sus esfuerzos.

Subir ó bajar, es el resultado de leyes inmutables y fijas; en la vida no se abre camino cruzándose de brazos, sino á la manera

con que se realiza en la tupida y enmarañada selva: dejando girones de carne palpitante en las espinas de las zarzas: — Así se sube!

Para bajar no se necesita esfuerzo; basta con entregarse á la inercia para que se cumpla la ley de gravedad.

Los dioses y las divinidades ciegas pertenecen á otras épocas y hoy ya no tienen razón de ser. Al hijo de Venus el hombre le ha arrancado la venda .. En este fin de siglo la humanidad marcha con los ojos abiertos — creando luz — pues no contenta con la que el sol le ofrece la arranca á la electricidad, ese otro sol de la ciencia, que e parce luz á su antojo. Y aun no satisfecha con ésta y con aprisionar los rayos luminosos en la cámara oscura y sugetarlos á la ley del trabajo, crea otros nuevos y los hace pasar através de los cuerpos opacos.

Las creencias sufren así el análisis iluminadas por proyectores diversos; y aquella que subsiste tras severo exámen, es porque lleva en sí el germen de la verdad.

Ante la luz han huido los dioses y sólo queda uno: El Dios de verdad.

A las supersticiones es necesario que las desaloje la religión y la educación.

El destino señalando la suerte de la humanidad, es un contrasentido Si él existiera, el mundo sería el reinado de la injusticia, y el hombre el más miserable de los esclavos.

De nuestro estado presente y futuro sobre la tierra, somos los únicos factores.

De nuestro porvenir, en el sentido más alto de la palabra: ¡Dios!

TERESA MILANS.

Salto, Enero 1900.

CARIÑOS

Aproximate ..Más...Como otras veces..
Más cerca...Así.. Como en aquellos tiempos
en que junto los dos y embelesados,
soñando un porvenir feliz y eterno,
hablábamos de amor y de otras cosas,
en que entonces creía y hoy no creo.
Ahora posa tus labios en los míos,
déjame que respire con tu aliento,
aprisiona mi cuello entre tus brazos
y cíñeme otra vez contra tu seno.
Fíngeme, como entonces, que me quieres;
acaríciame...Así...Haz otro esfuerzo
y pon más fuego en tus he mosos ojos
y más calor en tus ansiados besos.
No reclamo el amor que me jurabas;
ni tú lo puedes dar, ni yo lo quiero;
sólo pido que finjas, que me engañes,
que repitas tus falsos juramentos;
que me mientas...! Ya vez que á las mujeres
es imposible ya pediros menos!

. . . . . .

¿Con que me quieres? ¿Sí? ¿Que me lo juras?
No es preciso que jures ¡Sí lo creo!
¿Que siempre me amarás? ..¡Sigue, mi vida!
Ya vuelvo á ser feliz.. Sigue mintiendo.
¿Lo vez como es posible ser dichoso?
¡Si el amor al final es sólo ésto!
Abrázame otra vez.. Yo también juro,
y te oprimo en mis brazos y te beso
y prometo adorarte eternamente...
y ¿quién te dice á tí que yo no miento?

MIGUEL MOLEDANO.

CREPÙSCULO

El Padre de la vida se remonta en su carro de ópalo y grana iluminando con sus derroches de oro, con sus cambiantes inimitables las mansas aguas del tranquilo lago. Apenas débil brisa susurra entre el follaje, y las cristalinas aguas lamen con cariño su arenoso lecho.

La torcaz desde su nido arrulla á su amado: y en su canto hay notas de tan suave dulzura, de un amor tan inmenso que llenan el alma de celeste arrobamiento.

El céfiro pasa jugueteando entre las flores para acariciar luego nuestra frente con los perfumes del mirto, la margarita y el azahar.

El picaflor suspende su débil

hogar en la florida rama de un naranjo, y ancioso liba el dulce néctar de la más rica gala del jardín.

El rocío que durante la noche se albergó en la matizada corola de la rosa, ahora deja resbalar sus perlas por los débiles y sedosos pétalos.

¡Cuán bello es el crepúsculo matutino; todo en él es armonía, dulces murmullos, suspiros de amor...

No menos bello, poético y hermoso es el crepúsculo vespertino anunciando con sus tinieblas que presto la callada noche extenderá su negro manto sobre la Creación.

Febo en Occidente lanza sobre la dormida Natura los últimos rayos de su deshecho imperio, envolviéndose lánguido en tenues arreboles de púrpura y zafiro.

Es un algo que convida á soñar, á recordar en armonía con el silencio y la vaguedad de la penumbra.

Se oyen allá, á lo lejos, extraños y monótomos ruidos; son los cantos de la noche, los silbidos de miles de especies de animales que se recogen á descansar.

Todo está en tranquilidad y armonía; es la hora de los sueños color de rosa, de los recuerdos y de las anheladas esperanzas...

Los dos crepúsculos tienen su amor, su poesía, algo que llega al alma y la conmueve profundamente.

BLANCA ALFONSO.

Enero 1.o 1900.

A la Crucificada

(continuación).

Y enroscada á un rincón de su cuarto, en cuya ventanita de celda, enrejada y devota, se retesaba un transparente escarlata, viendo através de ese finísimo tamiz de seda, tremular en la brisa del crepúsculo las sombras japonistas de un enguirnaldamiento lacrimante de glicinas, como una graciosa, una silenciosa danza de mandárinas,—toda envuelta en la visión irradiante de ese pasado de colgaduras y de paramentos que la aturdían como un deslumbramiento quedábase, ronronando en coléricas impotencias de fiera cautiva, en la mudez desterrada de una esfinje que mirase una sangrienta agonía de luz.

Era entonces que se debruxaba sobre sus silencios, acariciándolas, una cabeza exangüe de enclaustrado, una cabeza pálida y fría como la de un condenado á muerte, una risa de ironía ritmada en plieges de tristeza tremulando en las lívidas contracturas de una alma compleja, revolviendo unos ojitos perspicaces de confesor ó de diplomático,—una cabeza inquietante y sacerdotal, en cuyos cabellos de cáñamo, se destacaba la redondez de una *calote* cardenalicia, intensa como una bocanada de sangre. Y esa cabeza tenía, para Sara, la familiaridad triste y simpática de una alma humana, sonreíala como se sonríe á una melancolía que no se cura, detníase en ella la resignación de un martirio tan extrangulado que lanceteba lágrimas: una dulzura suave, aureolándola, hacíala amar como se ama la austeridad enternecedora de un santo ó de un padre. Sus líneas que primero se burilaban en una algidez de máscara siniestra, desnevábanse luego en un silencio de beatitud tan cariñosa, tan familiar, tan caritativa de perdones, que apetecía ungirla de alegría con los besos filiales de una infinita piedad. Esa cabeza era como un astro que venía dando una claridad de luna y de gracia al cielo spleenético de sus agonías, la única que no rozara de pecado el bálsamo de sus heridas siempre abiertas - su padre? —una faz cuya severidad condenándola, se diluía luego en una son-

risa de iluminado - absolviéndola. .

En un rincón del pabellón en tenebrecíase una Cruz antigua de ébano, tallado por una lámina irritada en líneas cortas de dibujo incisivo y brusco, - un leño calcinado de talud de crimen ó de tribunal que desamparara la negrura agorera de sus brazos en vuelta de la humareda de los blandones de Misericordia. Llamábanla la Cruz de-los Esforzados porque muchas veces se abatiera en un vuelo taciturno de redención, con el gesto rígido de dos alas de cuervo, entre el sermonar de latines fúnebres, sobre la agonía estertórea de las crispaciones patibularias. Parecía tener una alma severa en hostilidades funestas: era fatídica como un remordimiento que se traiciona en un rictus, y tiznada de tinieblas como una tragedia que se esconde. Fuera cortada por un leñador sombrío, absorto en la mudez fatalista de un presagio, en una hora en que el doble por los finados pone crispaciones cobardes en la conciencia, y en que la devoción de las almas de santidad reza la letanía por los desamparados. Sobre sus brazos enroscábase el lienzo simbólico, purificado de nardo, que envolvió al Cristo en el Túmulo y que blanqueaba en cinta, en las andas ciprestales de la Virgen de las Lágrimas.

Sara, en esa noche de estrellas y de silencio, humedeci a de filtros sutiles y raros, crispara las manos volubles y voluntariosas sobre el pretil de la ventana ojival, las fosas nasales fremitantes aspirando el estancamiento retinto de las esencias con la respiración suspensa por cuchicheos resucitados como quien se confiesa sobre un abismo ó interroga sobre uu sepulcro. En un lance desvariado de espanto, como enroscada por un acceso de enigmas en vano escalando el éxtasis eteral hecho de delicias extrahumanas y esparcido en esa difusión armónica y fluida de los sentidos en que Teresa de Jesús, en una lijereza de sueño, veía l cuarso las impresiones físicas de su humanidad, concibiera una fusión voluptuosa de tortura y de gozo, un desfibrar intenso y rico de sensaciones un martillar de clavos que hiciese estrangular, en un paroxismo de dolor, su alma insatisfecha que el amor bastardillearа en carníceros tatuages empobreciéndola de des os y rociándola de tedios innarrables. En un clarón de iluminismo fué á arrancar a crepúsculo secular del nicho de refugio, el perfil histórico y letal de esa Cruz, que recogi ra en limosnas de bálsamos piado os las perlas enfriadas en las dramáticas agonías. En un gesto cruzado de estertor, se estrechó à ella, sollozando y temblando, como un frágil miembro que el viento agita, los cabellos en lluvia opaca inmovilizándo e en la actitud escuálida y agradecida de esas santas náufragas de leyenda que besan los maderos limosos de las remotas islas oceánicas, diseñando en la bruma espumosa del agua embrevecida, sus trozas finos y negros de fanales de la Fe. Los brazos tenían una blancura violácea de ascetismo, estrechados duramente al negror hierático de ese símbolo de quimeras alanceadas.

A Él...

Cuando una estrella de la noche en calma
Brilla en el cielo con su luz divina,
Alzo los ojos y pregunta mi alma
Por el amado sér que me fascina.

Mas la luz del lucero desprendida
Se extingue como un sueño y no responde:
Una ansia ardiente el corazón anida,
Llama de amor que la inconstancia esconde.

¡Oh Dios mío! No viene mi adorado!
¡Es ya tan larga su mortal ausencia!...
¡Ven, que ya es mucho ¡oh Dios! lo que he [llorado
Por tí, Sol de mi alma y mi existencia!...

¡Vuelve, mi bien, mi amor, mi dulce encanto,
y contigo la dicha que perdí.
¡Amor de mis amores! Sutro tanto
Lejos de t !..

AURORA ALFONSO.

Salto enero 1.o 1900.

CULTO FETICHISTA

En su dormitorio del segundo piso, sombríamente velado por los muros de la edificación contigua, Teresa había levantado la capilla de su culto, oriental arquitectura de sus peregrinaciones por la Quimera. La luz del día, encenizada por el constante crepúsculo de aquel horizonte ahumado, daba al silencioso pabellón una muerta claridad de templo abandonado, una misteriosa niebla de culto incomprendido é informe que esfumaba los objetos como un secular tapiz de oraciones en una tenue mancha de contusión y reliquia. Colgaban del techo grotescas é inmóviles en una exhausta impasibilidad de cabeza cortada exóticas mascarillas de Yedo—miradas oblicuas y bigotes caídos—gruesas redomas de vidrio en las que nadaban pececillos rojos como instantáneos deslumbramientos de Rubro; babuchas otomanas diminutas y nostálgicas bosquejando en un contorno de ensueño sobre la anémica pincelada del muro, la curva prolongada de una escultura de Smirma finamente tamizada por una distante vaporización de áloe é incienso.

Entre un aglomerado resplandor de cirios, en el fondo apagado de la capilla, Teresa había erigido el altar á su ídolo Se destacaba en cera, luminoso é inmóvil, manchando la amarillenta claridad que le inundaba con la dureza de sus líneas angulares; cuadrando sobre el lienzo mural la geométrica sombra de su cráneo braquicéfalo; ahogando sobre el ancestral prolongamiento de su maxilar inferior la cortadura de sus labios resecos; desprendiendo —en la fijeza desterrada de sus ojos vacíos—un lento sudor de agonía, una muda congoja de opresión como una madrugada eterna, prolongada entre vapores de piridina. Era el símbolo de su ansia siempre sofocada, viviendo de su culto en la irremediable negación de su destino, consagrando su vida á aquella imposible forma de su Ideal: —sus místicas alucinaciones de colegiala, la melancolía de su pubertad enfermiza, el cruel reproche de su carne extenuada en el impasible advenimiento de años estériles, todo lloraba su amargura en aquella mórbida alucinación de su neurosis.

Vivía de él, por él para él, en la religiosa expresión de sus encantos, sola y erguida sobre la ineficacia de su años amontonados sin objeto, como un Otoño que hubiera florecido en su alma la clarovidencia de un Germinal lejanamente obstinado en la torturante espera de un deseo no satisfecho. A él iban sus oraciones: —de rodillas—una negligente *matinée* de mangas perdidas sobre las que se levantaban sus dos acariciadores brazos de enamorada, sensual y santa en aquella detonante atmósfera de culto pasional misteriosa y hundida tras los copos de incienso que la rodeaban, la envolvían como una pesada respiración las manos anudadas en una suprema conjunción de ternura y sacrificio, el pecho ahogado y suspenso por una absorta restricción de sollozos su silueta mártir ofrecía al consagrado símbolo de su Ideal, la pena, la forma la curva de su extraviada adoración. Y cuando el martirio subía á su garganta, sus labios lívidos entrecortaban, en un apresuramiento de confesión lacerante, la plegaria de todos los días:

¡Oh! tú el ideal afilado de mi imaginación, yo te invoco en la religiosidad de este silencio morte

cino.

¿Dónde estás? ¿Cómo te llamas? ¡Oh! la magia, el conjuro, el exorcismo cabalístico para que, de las zonas lejanas, vinieras á mí, ¡oh mi ídolo!

Te amo, porque cada rasgo de tu cara es un símbolo gráfico. Yo te venero.

Las arcadas de tu bóveda orbitaria son el p rtico de un olimpo de fier za; por encima, tus cejas espesas negras largas, remedan la curva de una caravana zigzagueante en Mecaria peregrinación. ¡Oh la Meca de la voluntad acre y áspera!

Tu nariz aguileña, de pronunciado relieve, con sob rbia joroba de dromedario, apta para las grandes ventilaciones respiratorias: madrépora formidable en el mar de tus anhelos rebelados. ¡Oh, las crespas sacudidas de Prometeo encadenado!

Tus pómulos son salientes, tus mejillas hundidas: agudización por el insomnio d l proceso de calcificación en las apófisis del hueso. ¡Oh, las Noches de Musset y el Mal de Beaudelaire!

Tu boca regular se prolonga en comisuras de curva concavidad superior y está aureolada por un blancor de busto romano: impresión de la fatiga en la elipsis de los pliegues. ¡Oh, la lenta nevazón en el sudario del hastío!

Tu mentón aplanado y puntiagudo remata en tu perfil la triangular arquitectura de tu cara, serenamente impasible, como el levantamiento de una iglesia gótica, cuya ojiva dejara proyectar sobre el marmóreo pavimento, la selénica claridad de algun pasaje medioeval. ¡Oh, la evocación en la serenidad concentrada del silencio!

Tus ojos negros filtran, oblicuamente, huraños excitaciones de células nerviosas, papiros de recuerdos lacrimosos, penitentes conjuros de felicidades huídas, agonías de paz, titilaciones de duda. ¡Oh, eterno evocader en el eterno hastío, en el eterno insomnio y en la eterna rebelión!. Y por encima d todo esto, como una obsesión de posese, la cota de malla de tu voluntad, acre y áspera.

Horacio Quiroga—Alberto Brignole.

En ro 18 de 1900

EPISODIO

—

Tuve un amigo cuyo recuerdo, cada vez que ese episodio de mi vida sube á la memoria pone en mis nervios un largo escalofrío de miedo y espanto. Nunca he podido borrarle; en las noches de duelo, sobre todo, cuando un ruido silencioso nos despierta con sobresálto, y una indefinible angustia nos contrae la garganta en la terrible seguridad de que *alguien* se deslliza por el cuarto sin que sintamos cuando está al lado nuestro, viene ese hecho á erizar mis cabellos, á pesar de que hace mucho tiempo que acaeció.

Un año entero tuve amistad con él; y las extrañas circunstancias que acompañaron á nuestras relaciones podrán talvez no ser creídas; pero esos súbitos espantos esos hilarantes cambios de pesadilla en los que una carcajada tiene el timbre del más alto erizamiento interior y la encogida fijeza de una mirada puede torcer horriblemente nuestro cuerpo, son indiscutibles, tan indiscutibles, q' durante doce meses mi carne tuvo el frío esponjado y contráctil de una larva presta á transformarse.

Era pequeño y desmesuradamente flaco. Sus manos largas, muy largas, tenían un afilamiento de zarpa suave y silenciosa que llevaba siempre replegadas, casi ocultas por las mangas del saco. Siempre creí que si aquellas manos se posaban sobre mi cuello, me hularían

poco á poco en un lento sudor de asfixia.

Nuestros comunes paseos nos unieron en una intimidad completamente objetiva. Nada sabía de su pasado ni de la estructura de su modo de ser: gustàbamos de estar juntos, simplemente; y sin conocer uno y otro lo que había más allá de una muda contemplación, íbamos, cuando las mojadas tardes de invierno tiritaban en los campos helados, á detenernos absortos ante los paisajes doblegados

Sentía á su lado, la influencia de una lenta depresión que no podía explicarme. Nada de anormal tenían sus palabras; hablaba en voz baja con dificultad, como si allá en el fondo, detrás de su garganta, tratara de contener el apresuramiento de una transformación que va á gritar. Por lo demás, se expresaba bien, *demasiado bien*. Su risa, solamente, era extraña, lívida, angustiada, llena de estertores y dislocamientos; parecía un sollozo que el dolor convirtiera en carcajada, seca y convulsiva en su revuelta expresión de extrangulado. Y lo más lúgubre de aquella risa era que concluía de pronto, cortada de golpe por un súbito horror impreso en el rostro, derrepente, horriblemente lívido, cada vez más lívido, todo deshecho en una convulsión de sorpresa aterrorizada, en el cual los ojos tenían la fijeza de una pasadilla abierta y delirante, pronta á abalanzarse sobre nosotros.

Muchas veces traté de explicarme esa gutural descomposición de su rostro. Cuando se lo preguntaba, nada respondía: me miraba en silencio, aproximándose á mí, cada vez más cerca, hasta que lanzaba un grito encogiendo los brazos: mi expresión, fatalmente, tomaba las mismas formas que la suya, ejecutando sus movimientos, riéndome, agachándome sin apartar mis ojos de los suyos, transformándome lentamente bajo su mirada en una deslizante forma de subterráneo y horror.

Una noche, dormía tranquilamente en mi cama, cuando me despertó sobresaltado: me llamaban. No era despacio, ni à gritos, ni con cariño ni con odio, era una voz como vomitada, una sensación de chirrido, de extrangulamiento que no sentía por los oídos *sino por la carne*. Me incorporé erizado y temblando y permanecí conteniendo el aliento mirando á todos lados en la oscuridad. No soñaba; tenía la seguridad de que estaba *despierto, bien despierto*:-una forma fría y viscosa subía lentamente por la cama, por mis piernas, en un odioso contacto de larva crepuscular completamente adherida á mi cuerpo: lanzé un grito de horror y me retorcí violentamente arrojando lejos en un salto delirante el animal ó tumor que trepaba por mi piel Sentí un grito de cuerpo que rebotaba en las paredes y prendí un fósforo que iluminó lívidamente el aposento: En un rincón estaba mi amigo, apelotonado, amarillo, arrimado como un animal aterrorizado, mirándome y riéndose....

Me despertaron al otro día – á las once—admirados de que á esa hora no hubiera salido de mi cuarto. Me levanté lentamente: estaba horrible Rehice mis recuerdos y fuí á casa de mi amigo: estaba solo Tenía un detalle en el que no me había fijado nunca: su pescuezo era largo, tan largo que su cabeza se movía á todos lados, la doblaba, la bajaba, la escondía como un reptil. Me paré delante de él y le pregunté bruscamente:

—¿Cómo pasó la noche?

—Bien – me contestó. ¿Por qué?

—¿No ha salido anoche de su casa?

—Si, salí.

Comenzaba á hervir en cólera con sus respuestas

—¿Y á dónde fué?

—A ver á un amigo muerto.

—¡A ver á un amigo muerto!.... repetí lentamente. Y empezè á

reírme mirándole, y él me miraba y se reía sin quitarme la vista, y cada vez nos reíamos más fuerte, más fuerte, más fuerte, y sus uñas se ponían lívidas y mis uñas se ponían lívidas, y sus cabellos se erizaban y mis cabellos se erizaban, y su cuerpo se alargaba poco á poco y mi cuerpo se alargaba poco á poco, y ví que se arrastraba sigilosamente por los rincones y sentí que me arrastraba torpemente por los rincones, y la noch comenzó á entrar en el escritorio ya oscurecido, en el que nos replegábamos y nos extendíamos, aullando, mojando las paredes babeando todo el piso por el que nos arrastrábamos entremezclados llenos de contracturas y alargamientos, y cada vez era él más horrible y cada vez era yo más deforme, y todo lo que el hacía yo tambien hacía, y trepó por la pared hasta los tirantes y trepé por la pared hasta un tirante, y quedamos mirándonos, prendidos, delirantes, incrustados en la madera como dos enormes gusanos negros, encogidos y mirándonos...

.....

.....

HORACIO QUIROGA.

Salto, enero 20 de 1900.

De INTERMEZZO

—

Fué crudo y mucho duró
el triste invierno infecundo;
pero, al fin, Abril llegó:
alegróse todo el mundo,
todo el mundo, menos yo!
Abriéronse flores suaves;
el cencerro del rebaño
sonó con acento graves;
y como en tiempos de antaño,
hablaron todas las aves.
No quise atender, adusto,
su idioma revelador:
tachábalo todo, injusto;
no escuchaba á nadie á gusto,
ni aun al amigo mejor.
Esto recuerdo que fué
en aquella época en que
comenzó la gente odiosa,
á llamar "Señora de....."
á mi niña veleidosa.

—

Mientras yo en tierras extrañas
soñaba mil despropósitos,
el tiempo se le hizo largo
á la niña á quien adoro;
cosió el vestido de bodas,
y abrazó, cual dulce esposo,
de todos sus pretendientes
al pretendiente más tonto.

—

Mas hermosa cada día
la veo, y admiro absorto
las rosas de sus mejillas,
las violetas de sus ojos;
y esforzarme en olvidarla
ha de ser—bien lo conozco—
de todos mis desatinos
el desatino más tonto.

ENRIQUE HEINE.

IMPRESIONES

—

(CONTINUACIÓN)

—

El cuadro «Tres Arboles» lleva la firma de los Sres. A. de los Santos y J. M. Fernandez Saldaña. Los defectos los atenua, el aliciente de la obra emprendida —y el estudio costoso y más ó menos feliz del paisaje y los grupos de figuras.

Don Ramon Cesconi presentó un retrato del General Oribe, no muy bueno por cierto—creimos ver escasez de medias tintas; y algo más, mucho mejor, un lienzo que representa una escena de costumbres, con las figuras principales bien dibujadas y trazadas con correcta facilidad. Cesconi, como los anteriores dan el ejemplo de los nuevos rumbos á seguirse.

Un estudio de flores de la señorita de Amaro ha merecido de un crítico local el 1er. lugar: nosotros no llegamos á tanto sin dejar por eso de reconocer todo lo bueno que encierra, tenían sobre todo una grandísima naturalidad.

La Sra. de Coutinho y la señorita de Calcagno se han portado en sus paisajitos; unos obscuros—de alborada—otros más llenos de luz pero aceptables, si; bien entusiástas.

Falta Todavia J. F.

Botica y Drogueria del «FÉNIX»
DE MARTÍNEZ OLASCOAGA y GOZALBO
Uruguay 197

Muebleria y Carpinteria CENTRAL
FÁBRICA DE PERSIANAS
CAJONERÍA Y SERVICIO FÚNEBRE COMPLETO
Guaviyú 66 al 68

Joyeria, Relojeria y Plateria "ORIENTAL"
de ANTONIO MAGLIO
CALLE URUGUAY Nros. 200 y 202

Almacén del AS DE ORO de Juan D. Arias
LA CASA QUE VENDE MÁS BARATO
LOS ARTÍCULOS ESPECIALES DEL RAMO
SURTIDO COMPLETO
de conservas, loza, porcelana y bazar. Reparto á domicilio. URUGUAY 164

Casa de Pedro Mendy
ESTABLECIDA el AÑO 1875
SURTIDO COMPLETO DE SOMBREROS
camisas, cuellos, puños, corbatas, medias
PAÑUELOS, BALIJAS DE MANO,
qaules é infinidad de artículos de fantasía como ser carteras de bolsillo, nesesaires, cigarreras, etc, etc.
Fábrica de calzado por mayor y menor, especialidod en medidas.

HOTEL UNIÓN ORIENTAL
de MAHIEU & AUNZAINA
CALLE GUAVIYÚ NÚMERO 44 al 50

Al PRODIGIO AMERICANO
SASTRERÍA
DE MIGUEL BASCIANO
Calle Guaviyú Nros. 43 y 45

Gran Sastrería Central
DE
VÍCTOR ABARNO
Calle Uruguay Nros. 197 y 199

Angel Bossio
REMATADOR, COMISIONISTA Y DESPACHANTE DE ADUANA. URUGUAY 53.

Eduardo Lecour
DIBUJANTE Á LÁPIZ
Calle San Antonio núm. 26

Daniel Alfonso
PROCURADOR, DEFENSOR DE POBRE EN LO CRIMINAL Y DEPOSITARIO JUDICIAL
Uruguay No.

Atilio C. Brignole
ABOGADO
ARAPEY NÚMERO 231

Marciano Diez Plaza
PROFESOR DE MÚSICA
DAIMÁN NÚM 111

Juvenal N. Nin
PROCURADOR Y REMATADOR
CALLE CATALÁN 95

SASTRERÍA NACIONAL
DE
ANGEL BELLAGAMBA
CALLE URUGUAY 169

Fabrica de GASEOSA Y REFRESCOS
DE JOSÉ URRETA
PINTADO 122

Martín Goyeneche
ENCÁRGASE DE LA TRAMITACIÓN DE ASUNTOS JUDICIALES Y ADMINISTRATIVOS
Arapey 121 (Estudio del Dr. Cañizas)

Dr. Victor Rappaz
CALLE URUGUAY Número 272

Manuel Jaccottet
ESCRIBANO PÚBLICO
CALLE ARAPEY 234